

La Pirámide y el Desierto

Juan Gonzalo Moreno Velásquez

P RIMER ACONTECIMIENTO

- *De cómo se puede vivir en cuerpo ajeno sin acabar de nacer y después de haber muerto.*

La teoría del caos nos informa acerca de lo engañoso que puede resultar no prestar atención a lo que parecen ser pequeñas diferencias en las condiciones iniciales de ciertos fenómenos. Cuando menos se espera surge una bifurcación que separa aceleradamente los términos de aquello que parecía ser una mera repetición.

“Ciertos personajes, puestos en escena por Cicerón en discusiones filosóficas, afirmaban ya que la lógica estoica no era más que una repetición inútil y desafortunada de lo que habían dicho los filósofos de la Academia o del Liceo” (Brun, p. 39).

Desafortunadamente no eran sólo contemporáneos de Cicerón quienes sostenían semejantes afirmaciones.

Léase en extenso la opinión de Prantl, notable historiador de la lógica, de quien se dice que escribió varios tomos de historia de la disciplina con el fin de demostrar que ella carecía de historia.

“Crisipo no creó en lógica nada realmente nuevo, pues tan solo repitió pormenores ya conocidos por los peripatéticos o señalados por los megáricos. Su actividad consistió o bien en descender en el tratamiento del material hasta un grado lamentable de insipidez, trivialidad y sutileza escolástica, o bien en crear una expresión técnica para toda posible minucia, o sea, para las frivolidades de sofismas y paradojas: nomenclatura, divisiones esquemáticas, establecimiento de reglas formales carentes de vida: este es el fuerte de Crisipo, y en esto, con todo, es hombre de su época, ya que es un prototipo de estrechez mental y pedantería. Hay que considerar un verdadero golpe de suerte el hecho de que las obras de Crisipo ya no se conservaran en la Edad Media, pues la tendencia (débil de por sí) a la investigación independiente habría sucumbido por completo en aquella extensa ciénaga de formalismo” (Mates, p. 146).

Memorable trozo de «crítica» histórica, donde la erudición gira sobre sí misma como una noria: "sabemos, continúa Mates, que los estoicos fueron imitadores sin inteligencia porque sus anapodeiktoi (es decir, sus esquemas de inferencia) eran ridículos; nuestra opinión de la ridiculez de los anapodeiktoi está corroborada por el hecho de que los estoicos eran imitadores sin inteligencia". Así resume lapidariamente B. Mates el «argumento» de Prantl contra el aspecto decisivo de la lógica estoica.

Ahora bien, no es el caso de nuestra parte narrar las malaventuras de la lógica estoica en el contexto de la historia de la filosofía, baste decir

que fue seguramente el golpe de suerte al que se refiere Prantl, el que lleva a Kant a decir:

“Que la lógica ha tomado este camino seguro (el de la ciencia) desde los tiempos más antiguos es algo que puede inferirse del hecho de que no ha necesitado dar ningún paso hacia atrás desde Aristóteles (...) Lo curioso de la lógica es que tampoco haya sido capaz, hasta hoy, de avanzar un solo paso. Según todas las apariencias se halla, pues, definitivamente concluida”. (Kant, p. 15.).

Todos sabemos ahora que esa pretendida ahistoricidad de la lógica –confundida con la lógica aristotélica- comienza a ser puesta en duda precisamente en los años en los cuales Prantl concluye su monumental obra, pocas décadas después del dictamen kantiano.

La lógica de Aristóteles no es «La Lógica», y la olvidada aseveración de Diógenes Laercio que había anticipado que «si los dioses usaran algún tipo de lógica, usarían la lógica de Crisipo», resuena como un eco inextinguible en la revolución de la lógica fraguada durante el siglo XIX.

Sin embargo, el tema de la repetición inútil estaba tan arraigado que cuando se redescubre la lógica estoica ya es demasiado tarde para ella, hubo que reinventarla antes de redescubrirla puesto que su repetición ocultaba una diferencia tal que la hacía invisible aún a los ojos de aquellos que habían de reencontrarla.

La bifurcación a la que aludíamos antes es plenamente confirmada por el célebre texto de Jan Lukasiewicz de 1934, «Para la historia de la lógica de proposiciones»; lo citaremos largamente puesto que es una página maestra de medida y sentido histórico. Allí se disipan todas las «apariencias» a las cuales alude Kant y que le impiden ver el hilo que une a los

antiguos estoicos con el moderno Frege pasando por la Edad Media.

“Esta diferencia fundamental entre la lógica de proposiciones y la lógica de términos les era desconocida a todos los viejos historiadores de la lógica. Ello explica por qué no ha habido, hasta el presente, historia de la lógica de proposiciones y, consecuentemente, ninguna visión correcta de la historia de la lógica formal como un todo. Por indispensable que sea incluso hoy Prantl como recopilación de fuentes y material, apenas tiene valor alguno como presentación histórica de problemas y teorías lógicas. La historia de la lógica ha de ser escrita de nuevo, y por un historiador que haya alcanzado un dominio completo de la historia de la lógica proposicional. En este escrito tocaré sólo tres grandes puntos de la historia de la lógica proposicional. En primer lugar, quiero mostrar que la dialéctica estoica, en contraste con la silogística aristotélica, es la forma antigua de la lógica proposicional; y de acuerdo con ellos, que se les debe devolver los honores debidos a los hasta ahora totalmente mal entendidos y equivocadamente juzgados logros de los estoicos. En segundo lugar, intentaré mostrar, por medio de varios ejemplos, que la lógica proposicional estoica perduró y se desarrolló durante la época medieval, particularmente en la teoría de las «consecuencias». En tercer lugar, me parece importante establecer algo que no parece ser de conocimiento general ni siquiera en Alemania. A saber, que el fundador de la lógica proposicional moderna es Gottlob Frege”. (Lukasiewicz, p. 88).

Lukasiewicz le hace justicia a los estoicos y coloca la lógica estoica en el lugar que le corresponde con respecto a la lógica aristotélica. Es otra lógica, o mejor dicho es el “Otro” de la lógica aristotélica, su inconsciente, puesto que Aristóteles la utiliza sin tematizarla, ya que es

«lógicamente» anterior a ella y en el fondo es el zócalo de todo razonamiento válido; mérito de Frege, el único lógico que para algunos merece la misma dignidad de Aristóteles, el de haber logrado lo mismo que aquel con respecto a la silogística: haber formulado la lógica proposicional casi perfecta, como surge Atenea de la cabeza de Zeus.

Sigamos de nuevo a Lukasiewicz:

*“Y aquí nos encontramos de pronto con un fenómeno único en la historia de la lógica: de repente, sin ninguna explicación histórica posible, la moderna lógica proposicional surge con una completud casi perfecta en la aguda mente de Gottlob Frege, el mayor lógico de nuestro tiempo. En 1878, Frege publica un tratado breve pero importante titulado *Begriffsschrift, eine der arithmetischen nachgebildete form elesprache des reinen Denkens*. (Conceptografía, un lenguaje formal del pensamiento puro modelado sobre el de la aritmética).*

En este tratado, la entera lógica de proposiciones aparece por vez primera establecida como un sistema deductivo en forma axiomática estricta. El sistema fregeano de lógica proposicional está construido a partir de dos conceptos fundamentales, los de negación e implicación. La implicación está definida como una función de verdad exactamente igual que lo había hecho Filón más de dos mil años antes.” (Lukasiewicz, p. 104).

Kant tenía razón, la lógica aristotélica –no la Lógica- nació casi perfecta, tanto como la de Frege; y no podía ser de otra manera puesto que, como lo muestra el propio Lukasiewicz, la de Aristóteles también poseía una forma axiomática desde su inicio y por lo tanto poseía *in nuce* la mecanización de sus propias demostraciones. Esto último será desarrollado por Boole en la otra vertiente de la matematización de la lógica.

Ahora bien, ¿a qué viene esta visita apresurada y cargada de citas al territorio lógico para decir lo que cualquier mediano conocedor de la lógica contemporánea advierte sin que ello le cause la más mínima sorpresa?. Es de dominio común que la lógica de Aristóteles es una lógica distinta a la de los estoicos, que lo que parecía ser una repetición inútil es una bifurcación que lleva por dos caminos diferentes, y que, (lo decimos ahora con el fin causar un poco de sorpresa entre tanta monotonía), Frege es, siguiendo las consecuencias del tiempo plegado estratigráfico al que alude Michel Serres, anterior a Aristóteles.

Sabemos también que hubo otros lógicos aparte de Aristóteles –Crisipo, Filón, Diodoro Crono, etc.- y que los estoicos y megáricos se tomaban la lógica muy en serio, tanto que Diodoro al parecer muere en un banquete desesperado por no poder resolver un acertijo lógico y que Filetas de Cos fue víctima de la antinomia del mentiroso tal como consta en su epitafio:

Soy Filetas de Cos
Me hicieron morir el mentiroso
Y las noches de insomnio por su causa.

Y otro detalle que seguramente hemos olvidado y que ya habíamos mencionado, la ofuscación que le produce a Prantl la complacencia del los estoicos con las paradojas.

Digamos las cosas con claridad, la lógica estoica nunca fue considerada en serio mientras fue estoica y cuando dejó de serlo, es decir cuando se bautiza como proposicional ya no pertenece propiamente al dominio de la lógica, sino al de la matemática.

Recuérdese el tratado de Frege "...un lenguaje formal del pensamiento puro modelado sobre el de la aritmética". No en vano la lógica deviene lógica matemática a partir de Boole y Frege.

Triste destino de la lógica estoica que termina siendo una lógica fuera de la lógica, con una historia fuera de la historia, y sin consecuencias para la filosofía. Nació prematuramente y alcanzó su madurez post-mortem.

Y, sin embargo -cuán dulces suenan estas palabras cuando todo parece concluido- la lógica estoica retorna, y retorna como lógica en el seno de la filosofía, y de qué filosofía.

SEGUNDO ACONTECIMIENTO

- De cómo Aristóteles construye una pirámide y los estoicos se instalan en el desierto.

Pocos años antes de la publicación del texto de Lukasiewicz, Émile Bréhier da a luz un opúsculo que lleva el inquietante título de "*La teoría de los incorporales en el antiguo estoicismo*".

Este estudio extremadamente bello tiene el carácter de una pesquisa. Siguiendo la huella de los incorporales (extraña paradoja) en el antiguo estoicismo, el autor hace aparecer (nunca mejor dicho) con una sutileza de ilusionista el sentido de la lógica estoica: lo incorporal en persona.

Pero antes de recoger los frutos que nos ofrece el texto de Bréhier debemos hacer una pequeña síntesis de los elementos fundamentales de la lógica de Aristóteles y de la lógica de los estoicos. Obviamente que nuestra presentación será sesgada y sólo ofreceremos aquellos aspectos que son de nuestro interés para continuar esta exposición.

Si definimos de forma escolar un saber por la materia a la cual se aplica debemos decir que la materia de la lógica de Aristóteles son los géneros y las especies, es decir, los conceptos, y que la materia de la lógica estoica son los incorporales. Ya E.Bréhier lo anunciaba claramente:

“Vamos a mostrar ahora que estos incorporales constituyen la materia de toda la lógica estoica, sustituyendo así a los géneros y las especies de la lógica de Aristóteles”. (Bréhier, p. 88).

O si se quiere en palabras del mismo Bréhier

“La realidad lógica, el elemento primordial de la lógica aristotélica es el concepto. Este elemento es para los estoicos otra cosa muy distinta...Es algo nuevo por completo que los estoicos llaman un expresable (lecton).” (Bréhier, p. 89).

Entre el concepto (logos) de Aristóteles y el expresable (lecton) de los estoicos hay un abismo tan grande como el que descubre Alicia al caer por el pozo en el país de las maravillas.

La lógica de Aristóteles es una construcción de orden arquitectónico. Se levanta sobre una base y alcanza una cúspide. Lo interesante aquí es la índole de lo que llena estos extremos: una pirámide, una jerarquía de elementos. La base está compuesta por la arena indiferente de los individuos y la cúspide por el ser inalcanzable. Entre ambos se van entabando las categorías como géneros generalísimos, los géneros, las especies y las *species ínfimas*.

Los géneros generalísimos o categorías, se dividen en géneros, estos mediante diferencia en especies y a su vez estas se dividen en subespecies; y así sucesivamente hasta llegar a la *species ínfimas* que sólo contienen individuos.

Definir algo es definirlo por su esencia, es decir, por el género próximo y la diferencia específica, y se manifiesta en la forma de la proposición predicativa (S es P), donde el sujeto y el predicado pertenecen al entramado de conceptos y la predicación queda reflejada por medio de la cópula.

El ser no pertenece propiamente al entramado, ni el individuo tampoco, la pirámide es paradójica, no tiene pies ni cabeza o mejor dicho, sí los tiene, pero no caben dentro del concepto, es decir, no son propiamente pensables. Ambos son irrepresentables para decirlo sin tapujos. Al ser se llega analógicamente distribuyéndolo en categorías, al individuo numéricamente, alojándolo en la especie ínfima. El ser es supraesencial y el individuo es infraesencial. Entre ambos se extiende de una vez por todas el territorio de la representación. Podríamos decir que la pirámide es arena estratificada en diversos niveles, la pirámide se levanta sobre desierto aprisionado y a su vez ella aprisiona en su interior la esencia de las cosas como una especie de momia eternizada.

En cambio la lógica de los estoicos no es una construcción de orden arquitectónico, sino una disposición de orden superficial, como el desierto. No hay base ni cúspide, lo que hay son cuerpos e incorporales, los cuerpos son permeables los unos a los otros, se mezclan y se extienden los unos dentro de los otros en toda su extensión, como una gota de vino en el mar o como una duna se confunde con otra. No hay jerarquía puesto que sólo existen cuerpos que actúan y padecen, y los conceptos –los universales- carecen de existencia, sólo hay individuos. Entre los cuerpos y los incorporales no hay trabazón ni mampostería alguna, los cuerpos producen en la superficie ciertos efectos, ciertos acontecimientos que no son del orden de aquellos, y que pueblan la superficie coexistiendo los unos con los otros, o bien, sucediéndose los unos a los otros, según leyes que no son las que gobiernan a los cuerpos.

Estos incorporales no se definen mediante una proposición de la forma S es P sino mediante una proposición que podríamos simbolizar como

CV donde C es un cuerpo o un estado de cuerpos y V el verbo que expresa el acontecimiento. La proposición del tipo CV es lo que los estoicos denominan el expresable, lo expresado es el incorporal o acontecimiento y a la relación entre ambos se le denomina atribución.

No hay ser propiamente hablando, sino *aliquid*, es decir, alguna cosa,. Alguna cosa que puede ser un cuerpo, una cualidad, una acción, una pasión, un incorporal, etc; sólo existentes todos salvo los incorporales que sólo insisten. Este desierto donde la arena no se sedimenta, sino que configura disposiciones diversas aquí y allí sin por ello cristalizar en esencias eternas, este desierto decimos, no da lugar a representaciones, sino a expresiones, verdadera superficie de articulación de los cuerpos y los incorporales.

Sigamos de nuevo a Émile Bréhier:

“Fuera de las sustancias y de las propiedades que, las dos, son cuerpos, no existe nada más en la naturaleza. Pero, lo hemos visto, su fuerza interna se manifiesta en la superficie, y estos aspectos exteriores no son ni cuerpo, ni partes del cuerpo, sino atributos (cathegoremata) incorporales...Es preciso, para comprenderlo, deshacerse de esta idea de que el atributo de una cosa es algo que existe físicamente (lo que existe es la cosa misma), y de esta otra idea de que el atributo, en su aspecto lógico, como miembro de una proposición es algo que existe en el pensamiento. Con esta condición se podrá concebir que atributo lógico y atributo real que, en verdad, son ambos incorporales e inexistentes, coinciden por entero”. (Bréhier, pp. 93-94).

Es decir, lo que le sucede a las cosas y lo que se dice de ellas es lo “mismo”

“En su irrealidad y por ella, el atributo lógico y el atributo de las cosas pueden entonces coincidir”. (Bréhier, p. 96.)

Las sustancias y las propiedades de Aristóteles, sustrato de los sujetos y los predicados lógicos son otros tantos cuerpos, lo único que existe. «Todo lo que existe es cuerpo» dice Bréhier, pero hay algo allende los cuerpos, los atributos, que ofrecen dos caras: una del lado de las cosas y otra del lado de las proposiciones, ambas irreales – incorporales- y que por lo mismo se confunden, como en un abrazo de fantasmas.

Ni físico ni mental, el atributo se desdobra como expresable y como acontecimiento. Lo que se dice y lo que sucede coinciden: «un solo y mismo *aliquid* para lo que pasa y lo que se dice», dirá G. Deleuze, ya no analogía, sino univocidad.

TERCER ACONTECIMIENTO

- De cómo la «esencia» libera el perfume de los acontecimientos.

Podemos percibir desde hace rato un aroma característico, fácilmente reconocible, se trata del que exhala la filosofía Deleuziana, una filosofía donde se «sublima» la esencia «como un vapor en la pradera».

“Las verdaderas entidades son acontecimientos, no conceptos. Pensar en términos de acontecimiento no es fácil. Tanto más difícil cuanto que el mismo pensamiento se convierte entonces en acontecimiento” (Deleuze y Parnet, p. 76).

La dualidad esencia (aristotélica) – acontecimiento (estoico) o si se quiere la dualidad representación – expresión se despliega de dos formas en la obra de G. Deleuze. En *“Diferencia y Repetición”* se socava el andamio que sostiene desde Aristóteles el concepto de representación como representación conceptual. En *“Lógica del sentido”* se recaba la noción estoica de expresión como expresión de sentido.

Lógica del sentido es el auténtico país de las maravillas donde la lógica estoica recupera su propio cuerpo alienado en otros cuerpos. Allí desfilan todos aquellos estoicos vilipendiados por Prantl, acompañados ahora de conejos y huevos parlantes, niñas y esquizofrénicos, alcohólicos irrecuperables y filósofos recuperados en la más superficial de las filosofías que mente alguna haya perpetrado.

La lógica estoica retorna reclamando los honores debidos, como decía Lukasiwicz, y exigiendo en contraprestación un personaje conceptual. Esta lógica, ya no será la lógica de los hombres, ni la de los dioses como afirmaba Diógenes:

“Este nuevo discurso ya no es el de la forma, pero tampoco es el de lo informe. Es más bien lo informal puro. «Os convertiréis en un monstruo y un caos...». Y Nietzsche responde: “Hemos realizado esta profecía y el sujeto de este nuevo discurso -¡Pero si ya no hay sujeto!- no es el hombre o Dios, y menos el hombre en el lugar de Dios. Es esta singularidad, anónima y nómada que transita tanto por los hombres como por las plantas y los animales, independientemente de las materias de su individuación y de las formas de su personalidad... Extraño discurso que terminaría renovando la filosofía y que trata el sentido no como predicado, propiedad, sino como acontecimiento”. (Deleuze, 1971, pp. 142 – 143).

Caro tributo debe pagarse al olvido. Del predicado como esencia de la cosa pasamos al acontecimiento como atributo del estado de cosas. El mundo se transforma puesto que el acontecimiento al no ser inherente a ninguna sustancia, puede efectuarse en cualquier cuerpo, mineral, vegetal, animal o humano. Liberado de su pertenencia a las cosas sobrevuela todo campo como esos fantasmas que deambulan esperando atrapar algún cuerpo

donde manifestarse, o como esos espíritus que se apretujan alrededor de los participantes en la mesa de la *ouija*...

CUARTO ACONTECIMIENTO

- De cómo la presa siempre burla el cerco.

En la filosofía como en la caza o en la pesca (recuérdese a Platón) se debe disponer de algún instrumento para lograr el fin propuesto. Ahora bien, el filósofo dispone de ciertas redes categoriales y le da caza a su presa tendiéndole un cerco, por eliminación de opuestos.

En *Lógica del sentido*, el título de la obra indica la presa a capturar. La partida de caza se prepara, se lanza la red...

“Desde el punto de vista de la cantidad, el sentido no es ni particular ni general, ni universal ni personal. Desde el punto de vista de la cualidad, es completamente independiente de la afirmación y de la negación. Desde el punto de vista de la modalidad, no es ni asertórico, ni apodíctico, ni siquiera interrogativo (modo de incertidumbre objetiva o de posibilidad objetiva). Desde el punto de vista de la relación, no se confunde en la proposición que lo expresa ni con la designación ni con la manifestación ni con la significación. Desde el punto de vista, en fin, del tipo no se confunde en ninguna de las intuiciones, de las «posiciones» de conciencia que es posible determinar empíricamente gracias al juego de los caracteres proposicionales precedentes: intuiciones o posiciones de percepción, de imaginación, de memoria, de entendimiento, de voluntad empírica, etc. (Deleuze, 1971, pp. 134- 125).

Ajeno a todas las oposiciones categoriales el sentido elude el cerco y se proclama a sí mismo indiferente, impenetrable, neutro.

Hay algo que escapa a las determinaciones clásicas de la filosofía, algo que no se deja representar. Esta entidad trastoca todos los órdenes, está más allá de cualquier oposición, carece por lo tanto de identidad, de semejanza, de analogía. No es cuerpo, ni ente, ni cualidad, ni cantidad, etc. Sin embargo, es el “objeto” de un libro, titulado precisamente “*Lógica del Sentido*”, fue el tema central de la lógica estoica, levantó cabeza como un pez en el agua en algunas oportunidades descritas minuciosamente por el mismo Deleuze y todos los días transforma las cosas, los individuos, las personas, las colectividades, etc. Verdadero acertijo, siempre nos obliga a preguntar, entonces, ¿qué es?

¿Qué es esa “cosa” siempre inmiscuída en todo y a su vez imperceptible, inimaginable, en pocas palabras, in-tratable?

Dulce revancha de la lógica estoica cuando retorna con semejante desafío en un momento en el cual los empirismos y los positivimos más raseros proclaman la reducción de lo que hay a la positividad de los hechos.

Esa cosa es precisamente el acontecimiento visto desde el lado del atributo lógico de la proposición. La presa no cae en la trampa, puesto que ya había sido capturada en otro ámbito, con otros artilugios, bajo otro nombre.

QUINTO ACONTECIMIENTO

- De cómo E. Bréhier describe la batalla de estoicos contra la idea platónica y el concepto Aristotélico.

El terreno de la batalla es la proposición. La causa del litigio es la relación de los términos de la proposición entre sí y de las cosas que estos términos designan.

Debemos aclarar aquí que tanto para Platón como para Aristóteles la causa última de las cosas está en algo de índole conceptual, universal. Para Platón está en la idea que traza de antemano los límites que debe satisfacer un ser para existir.

“La noción de límite es entonces lo esencial de los seres: la idea no hace más que indicar los límites que debe satisfacer un ser para existir, sin determinar más de cerca la naturaleza de este ser: puede ser lo que quiera dentro de estos límites y por consiguiente no es un solo ser el que se determina, sino una multiplicidad sin fin”. (Bréhier, p. 79.)

Puede decirse entonces que aquellos seres que no exceden estos límites participan de ella. Para Aristóteles el universal, el concepto, contiene la forma de las cosas en cuanto que dice lo general de ellas, eliminando las particularidades de los individuos, que meramente son incluidos en aquel. En cambio para los estoicos la realidad última de las cosas está en ellas mismas como principio inmanente, fuerza o tensión interior. No viene de fuera de las cosas –Platón– o se pone fuera de ellas –Aristóteles. Todo cuerpo se define por una causa interna que le pertenece a él y sólo a él

“El ser mismo será entonces considerado no como parte de una unidad más alta, sino como siendo la unidad y el centro de todas las partes que constituyen su sustancia...” (Bréhier, p. 80).

Y más adelante señala:

“La causa es pues verdaderamente la esencia del ser, no un modelo ideal que el ser se esfuerza en imitar, sino la causa productora que actúa en él y le hace vivir...” (Bréhier, p. 81.)

Y ahora sí, la batalla:

“Si en una proposición, el sujeto y el predicado son considerados como conceptos de la misma naturaleza, y en particular conceptos que indican clases de objetos, será muy difícil comprender la naturaleza del vínculo indicado por la *cópula*. Si son dos clases diferentes, cada una existe aparte, por fuera de la otra, y no pueden ligarse. Si son idénticas estamos reducidos a juicios de identidad. El vínculo de **participación** que Platón había encontrado, y el de **inclusión** que Aristóteles utilizaba de preferencia, eran una solución posible a estas dificultades. Pero tales soluciones, que para los modernos, no conciernen sino a los pensamientos, tenían, para los antiguos, un alcance metafísico que no se podía dejar de lado. Los términos del juicio designan en efecto no sólo pensamientos, sino seres reales. Ahora bien, si la realidad se concentra, como en los Estoicos, en el individuo, una teoría semejante es inadmisibles. En efecto cada individuo no sólo posee, sino que es una idea particular irreductible a cualquier otra. Para que estas ideas participen una de la otra o estén incluidas una en la otra, sería preciso que dos individuos fueran indiscernibles uno del otro, o que un mismo individuo pudiera tener en sí más de una cualidad propia, lo que es absurdo. Dos realidades no pueden coincidir.

Quedaba una solución, era examinar por completo de otra manera la naturaleza del predicado. Se sabe que ciertos megaricos rehusaban enunciar los juicios bajo su forma habitual, mediante la *cópula* **es**. No se debe decir, pensaban, «El árbol es verde», sino «El árbol verdea». ¿De qué modo estaba ahí una solución al problema de la predicación?, es lo que los estoicos nos hacen ver. Cuando se desatiende la *cópula* **es** y el sujeto se expresa por un verbo donde el epíteto atributo no se pone en evidencia, el atributo, considerado como el verbo todo entero, aparece entonces no ya como expresando un concepto (objeto o

clase de objetos), sino sólo un hecho o un acontecimiento. Por consiguiente, la proposición no exige ya la penetración recíproca de dos objetos, impenetrables por naturaleza, ella no hace más que expresar un cierto aspecto del objeto, en tanto que realiza o padece una acción; este aspecto no es una naturaleza real, un ser que penetra el objeto, sino el acto que es el resultado mismo de su actividad o de la actividad de otro objeto sobre él. El mismo contenido de la proposición, lo que es significado por ella no es pues nunca un objeto, ni una relación de objetos.” (Bréhier, pp. 94-95.)

Esta larga cita contiene lo esencial de la posición estoica. Sólo existen individuos –cuerpos- y ningún individuo es indiscernible de otro, no hay múltiples copias para una misma idea como en Platón ni diferencias meramente numéricas como para los aristotélicos. Las diferencias son internas, inmanentes a las cosas, como una causa que las sostiene siendo lo que son sin participación ni inclusión.

Sólo hay cuerpos y aquello que se produce a partir de sus encuentros: los acontecimientos.

El sujeto de la proposición no es una sustancia, sino un estado de cosas y no se predicán cualidades o propiedades de aquellas, sino que se atribuyen acontecimientos a estos.

“No hay que ver en la sustitución de la *cópula* por esta forma verbal distinta una simple sutileza. Los estoicos quieren invocar así que no aceptan otras proposiciones que las proposiciones de hecho [esto es de acontecimientos]... El problema de la atribución es pues resuelto quitando a los predicados toda realidad verdadera. El predicado no es ni un individuo, ni un concepto; es incorpóreo y no existe sino en el simple pensamiento. Se buscaría vanamente en qué podrían diferir el

predicado lógico de la proposición y los atributos de las cosas, considerados como resultados de su acción. Ambos son designados con la misma palabra cat (...), y encuentran su expresión en verbos; ambos son incorporales e irreales. Del lado de lo real, la realidad del acto ha sido por así decir atenuada a beneficio de la del ser permanente que lo produjo: del lado de la lógica, el atributo ha sido privado de su dignidad de concepto objeto del pensamiento, para no contener ya más que un hecho transitorio y accidental. En su irrealidad y por ella, el atributo lógico y el atributo de las cosas pueden entonces coincidir.” (Bréhier, p. 96).

El atributo lógico y el atributo de las cosas pueden ahora coincidir. Llamaremos, siguiendo a Deleuze, **sentido** al atributo lógico de las proposiciones y **acontecimiento** al atributo de las cosas.

SEXTO ACONTECIMIENTO

- De cómo el acontecimiento reclama su lugar.

Así pues, la operación estoica consiste en lo siguiente: liberarse de las esencias postulando los acontecimientos que se hallan, no arriba en el cielo de Platón o abajo en la tierra de Aristóteles, sino justo en medio, en la superficie pura que envuelve todas las cosas.

“Así cuando el bisturí corta la carne, el primer cuerpo produce sobre el segundo no una propiedad nueva, sino un atributo nuevo, el de ser cortado. El atributo, propiamente hablando, no designa ninguna cualidad real; blanco y negro por ejemplo. No son atributos, ni lo es en general ningún epíteto. El atributo está siempre por el contrario expresado por un verbo, lo que quiere decir que no es un ser, sino una manera de ser, lo que los Estoicos llaman en su clasificación de categorías un POS EKON (hábito). Esta manera de ser se encuentra de

alguna forma en el límite, en la superficie del ser, y no puede cambiarle la naturaleza: no es a decir verdad ni activa ni pasiva, pues la pasividad supondría una naturaleza corporal que sufre una acción. Es pura y simplemente un resultado, un efecto que no se clasifica entre los seres.” (Bréhier, p. 87).

Todo sucede en la superficie, todo lo bueno y lo malo sucede en la superficie. Deleuze le sacará posteriormente partido al concepto de superficie de dos formas extraordinariamente productivas: con respecto al pensamiento, como *plano de inmanencia*, lugar de composición de los conceptos que constituyen la filosofía. Con respecto al ser, como *plano de consistencia*, lugar de emisión y composición de todos los flujos y partículas que constituyen lo real.

Pensar y ser son las dos caras de un mismo plano de composición

“Pero, a fin de cuentas, son los mismos elementos últimos y la misma fuerza algo alejada los que constituyen un único plano de composición que sustenta todas la variedades del universo”. (Deleuze, 1994,p.214)

Así pues, la verdadera revolución estoica se resuelve en un canto a la superficie: no hay, no puede haber cuerpos despellejados, lo único que se encuentra es una nueva piel. Sólo hay envolturas que envuelven otras envolturas y así sucesivamente. En *“Leibniz y el pliegue”* mostrará Deleuze como una superficie se pliega y se despliega hasta el infinito para componer, tanto el mundo como el alma. No debemos olvidar que Leibniz es otro de los grandes teóricos del acontecimiento.

Los acontecimientos, decíamos, reclaman su lugar y este no es otro que la superficie: viven de ella, en ella y para ella, son inseparables de la superficie en cuanto que esta se produce produciéndolos a ellos, son tan inseparables de ella como lo son los paisajes del desierto con respecto a éste: formaciones de superficie nada más. La imagen del desierto es decisiva

en la obra deleuziana, no solamente por el carácter nómada de su pensamiento, sino porque la filosofía misma como «conocimiento mediante conceptos puros» es cuestión de superficies, de planos, de desiertos y de las tribus que los habitan:

“El plano es como un desierto que los conceptos pueblan sin compartimentarlos. Son los conceptos mismos las únicas regiones del plano, pero es el plano el único continente de los conceptos. El plano no tiene más regiones que las tribus que lo pueblan y que se desplazan en él” (Deleuze, 1994, p. 40).

Claro que cuando Deleuze habla de conceptos ya no es la idea platónica ni el concepto aristotélico.

“El concepto es el perímetro, la configuración, la constelación de un acontecimiento futuro” (Deleuze, 1994, p. 37).

No podría ser de otra manera: si el concepto se juega en la superficie, el concepto deviene acontecimiento

“El concepto de pájaro no reside en su género o en su especie...El concepto expresa el acontecimiento, no la esencia o la cosa...el pájaro como acontecimiento”. (Deleuze, 1994, p. 26).

El concepto de pájaro deviene acontecimiento y sobrevuela eternamente la superficie del pensamiento.

“el concepto está en estado de sobrevuelo respecto a sus componentes...pasa y vuelve a pasar por ellos” (Deleuze, 1994, p. 26).

Habría mucho que decir sobre el concepto de sobrevuelo en la obra de Deleuze y del papel que desempeñan los pájaros en su filosofía¹.

Los estoicos retornan, puesto que en filosofía no hay jugada perdida. El tiempo y el espacio filosóficos pertenecen a la geología, es decir, a la gran teoría de las capas, los estratos, los planos, las superficies.

Los estoicos retornan respondiendo a un principio geológico hartamente conocido.

“Bien es verdad que pueden aflorar capas muy antiguas, abrirse paso a través de las formaciones que las habían cubierto y surgir directamente sobre la capa actual a la que comunican una curvatura nueva”. (Deleuze, 1994, p. 61.)

Un movimiento geológico intempestivo viene a traer a la superficie la lógica estoica, deformando a su paso la curvatura de la filosofía. Ese acontecimiento lleva un nombre: Gilles Deleuze.

BIBLIOGRAFÍA

- BRÉHIER, ÉMILE. *“La teoría de los Incorporales en el Antiguo Estoicismo”*. Revista Con-Textos ·6. Universidad de Medellín.
- BRUN, JEAN. *Aristóteles y el Liceo*. Eudeba Buenos Aires, 1979.
- DELEUZE, GILLES. *Lógica del Sentido*. Seix Barral, Barcelona, 1971.
- _____. *¿Qué es Filosofía?* Anagrama, Barcelona, 1994.
- _____. *Mil mesetas*. Pre-textos, Valencia, 1988.
- _____. *El Pliegue. Leibniz y el barroco*. Paidós, Barcelona, 1989.
- _____ y PARNET CLAIRE. *Diálogos*. Pretextos, Valencia, 1971.
- LUKASIEWICZ, JAN. *Estudios de Lógica y Filosofía*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1975.
- MATES, BENSON. *Lógica de los Estoicos*. Tecnos, Madrid, 1985.

¹ El capítulo “El Ritornelo” de *Mil mesetas*, está compuesto como un interminable canto de/a los pájaros.